

rificarlo habian de propio intento dirigido los disparos al aire. Tales descargas, perdidas entre las olas, fueron mas bien que una hostilidad una salva. El rey y su ejército vogaban ya á todo esto en plena libertad hácia los costas de Italia.

Seis embarcaciones ligeras, barcas con cubierta, fa-luas y bombardas componian toda la flotilla del rey. El buque que montaba el rey lo mandaba el baron Barbara, capitán de fragata al servicio de Nápoles; Courand mandaba el segundo, teniendo bajo sus órdenes al capitán Pernice y al teniente Maltedo; el tercero iba á las órdenes de Eltove; el cuarto á las de Mattei y el quinto á las de Semidei. El sexto buque, que era mas rápido y manejable que ninguno, servía de aviso é iba al mando de un simple piloto, llamado Cecconi.

Los oficiales y los doscientos cincuenta hombres entre sargentos y soldados que componian toda la fuerza de desembarco del rey, iban distribuidos en aquellas frágiles embarcaciones, en la proporcion que su mayor ó menor cabida lo permitia. La flotilla seguía á la vela y á la vista de Córcega, el 28 de setiembre al amanecer. El 29 bogaba lentamente por falta de viento. El 30 un fuerte viento la arrojó á la costa de Cerdeña, en donde estuvo á punto de encallar. Los buques que iban mas cargados se guarecieron por espacio de un día entero en la ensenada de la isla desierta de Tavolara, vasto escollo que presenta la forma de un altar de la antigüedad, que se destaca de la Cerdeña.

Desplegaron de nuevo sus velas el día 2 de octubre, estuvieron luchando trabajosamente con las olas por espacio de cinco días y cuatro noches, hasta que por fin al caer la noche del 6 se elevaron á la altura de las costas de Calabria y á la vista de las montañas de Paolo. La tierra aparecía entonces á unas tres leguas de la proa de los buques, que acababan por fin de reunirse.

## XXX.

El gefe de la flota, Barbara, dió orden de apagar las hogueras que hubiese sobre cubierta, por temor de descubrir la presencia en la costa de buques desconocidos. Se convino en que las embarcaciones marcharían en conserva, y se harían las señas que fuesen necesarias por medio de piedras de chispa golpeadas con el eslabon, á fin de que los vigias del puerto pudiesen confundir aquellas luces fugitivas con las emanaciones fosforescentes de la mar en las noches de verano. El viento soplaba del lado de las montañas de la Calabria, como si la Providencia hubiera querido apartar al rey de su perdicion. Las embarcaciones que se veían obligadas á bordear con el mayor trabajo sobre un mar en calma para poder alcanzar tierra al fondo de la rada de Paolo, se separaron unas de otras en la obscuridad de la noche, por efecto de una ráfaga de viento destacada, despues que hubo aparecido la luna, de las tormentosas gargantas de la Calabria Citerior. Apartado de su primitivo objeto por el mar y por el viento, el rey entró, á la hora del alba, en la rada desierta de San Lúcido con dos de sus buques solamente, á fin de aguardar allí á los otros que se habian dispersado.

## XXXI.

Ancló, pues, á alguna distancia de la playa y dió orden al gefe de batallon, Ottaviani, de que bajase á tierra con un solo marinero á fin de sondear la opinion de las gentes del país y recoger algunas noticias. Mas Ottaviani y el marinero no pudieron lograr su objeto por haber sido detenidos á algunos pasos de la playa por los habi-

tantes, circunstancia de mal agüero, que no dejó de alar-  
mar á los compañeros de Murat. Ya desde la vispera ha-  
bia principiado á notarse en las tripulaciones cierto silencio  
y cierta vacilacion muy estraña. Hubiérase dicho que la  
vista de la costa les habia representado de pronto todo lo  
arriesgado de la empresa que iban á intentar, y que des-  
de lejos habia desaparecido en sus ánimos bajo las ilu-  
siones de la distancia. Las orillas del mar les enviaban  
aquellos presentimientos.

A aquellos hombres no les guiaba para verificar su  
desembarco, causa alguna personal, ni el deber, ni la  
patria, ni el honor, ninguno de aquellos motivos, en fin,  
que hacer cobrar ánimo al verdadero heroismo y que sos-  
tienen la constancia. Aventureros que buscaban una for-  
tuna fácil y una gloria caprichosa en una empresa en que  
ellos, en el fondo no tenían interés alguno, era mas que  
probable que la mas pequeña duda acerca del éxito los  
abatiese, y el menor obstáculo les hiciese perder el ca-  
mino. Comenzaron, en efecto, á entrever su temeridad y  
á volver atrás la vista, sin que unos á otros se atreviesen  
á confesarlo todavía.

## XXXII.

El día iba trascurriendo entretanto, y el rey no veía  
volver á aparecer sus embarcaciones. El piloto Cecconi,  
que mandaba la barca que servia de aviso, única que  
permanecía al costado de la del rey en la rada de San  
Lúcido, fué enviado por Murat al caer el día á ver si  
descubria por toda la estension del mar ó detrás de los ca-  
bos inmediatos, á las otras barcas y traerlas consigo. Ce-  
cconi descubrió en efecto la embarcacion que mandaba Cour-  
rand y la hizo reunirse con la del rey; mas preguntado  
aquel si sabia qué habia sido de los otros dos buques,

respondió que los habia perdido de vista desde el huracán  
que los habia separado la vispera. Dos oficiales de las  
tropas de tierra, que pertenecian á la tripulacion de la  
barca que mandaba aquel capitan, confiaron á Murat las  
sospechas que habian concebido acerca de las intencio-  
nes de Courand, el cual, segun creian, estaba tramando  
un complot con la gente de su buque, para desertarse y  
abandonar al rey. Murat le hizo llamar á bordo de su  
barca, y le recordó los beneficios de que le habia col-  
mado en Nápoles, aparentando al mismo tiempo tener en  
él mas confianza que en los demas, á fin de apartar de su  
ánimo toda idea de engañarle.

Sin embargo de esto, el rey, por prudencia, mandó  
al capitan Barbara, gefe de la flotilla, que remolcase el  
buque de Courand para quitar á aquel marino todo  
pretexto de separarse de la escuadra, pues el buque que  
llevaba á sus órdenes conducia 50 hombres escogidos,  
todos sargentos y soldados de los mas aguerridos y dis-  
puestos de toda la expedicion.

A media noche levaron anclas los tres buques en me-  
dio del mas profundo silencio, y la flotilla se dió á la vela  
con direccion de otro punto diferente de la costa espe-  
rando quizá encontrar en la mar á las otras barcas. Pero  
antes de que el día pudiese venir á descubrir su fuga, el  
capitan Courand habiendo hecho bajar de cubierta á sus  
soldados á fin de ocultarlos, como él decia, á la vista de  
los vigias de la costa, cortó durante su sueño el cable que  
le sujetaba á la popa del aviso, y perdiéndose entre la  
niebla, hizo rumbo en direccion á Córcega, diciendo al  
despertarse á los soldados, que el rey habia desistido de  
su empresa y le habia mandado marchar delante de él á  
Trieste.

## XXXIII.

El rey, á los primeros albores de la mañana, quedó asombrado al ver realizada la desercion de Courand, que despues de haber servido siete años en su guardia, faltaba á su bienhechor en momentos tan criticos y supremos. Viéndose, pues, sin mas gente que la que componia su propia tripulacion y el puñado de hombres embarcados con el piloto Cecconi, el rey vaciló ya en su resolucion, y llamando al comandante de la flotilla, Barbara, le dió orden de volver proa en direccion de Trieste. Barbara le manifestó que su gente no se hallaba en estado de soportar una tan larga navegacion por el Adriático en la carencia de víveres y de marineros en que se hallaban, y le propuso que él en persona desembarcaria en el pequeño y vecino puerto de Pizzo, en donde fletaria otra embarcacion más sólida, se haria con víveres y marineros y vendria á reunirse con él, que aguardaria entretanto su regreso á bordo del aviso. Mas para que todo aquello tuviese lugar era preciso que el rey confiase á Barbara los pasaportes del Austria para Trieste, únicos documentos que podian poner á cubierto en tierra firme su desembarco, su persona y sus transacciones y el rey no queria desprenderse de aquellos salvo-conductos que él se reservaba sin duda alguna como un último recurso de fuga en caso de un desastre. Barbara por su parte, se negaba á pasar á tierra sin aquella garantia indispensable para su seguridad originándose de aqui un grave altercado entre el rey y aquel marino.

«Ya lo oís, exclamó Murat indignado dirigiéndose á sus oficiales; ¡se rehusa obedecerme! ¡Pues bien, yo mismo voy á desembarcar! ¡Mi memoria está bien fresca en

el corazon de los napolitanos, y estoy seguro que no dejarán de reconocermel!»

Mandó entonces á todos sus oficiales que se pusiesen los uniformes, y habiendo hecho presente el general Natali que él no habia traído el suyo, el rey reprendió en alta voz por aquella negligencia ó quizá prudencia á su lugar teniente. «¡No era por cierto cuando me seguais en busca del peligro, le dijo, cuando debisteis olvidaros del traje del combate!»

Mientras tenían lugar á bordo tales altercados, tales quejas y tales reconvencciones, el viento fresco comunicaba su impulso en medio de un tiempo el mas bonancible, á los dos buques en direccion de las costas de Calabria, en las cuales y á mitad de la costa se distinguia el castillo, las azoteas de las casas y el pequeño puerto de Pizzo. Esto acontecia el 8 de octubre á las once de la mañana. El cielo parecia sonreirse como un adulator que está echando sus redes.

## XXXIV.

En el momento en que los dos buques echaban el ancla como á distancia de dos cables de una playa desierta y á la inmediacion del puerto de Pizzo, los generales y los oficiales quisieron preceder al rey al saltar á tierra, mas éste los contuvo con un ademán, y haciéndoles pasar á su espalda sobre el puente: «A mi me corresponde, les dijo, pisar el primero ese campo de gloria ó de muerte, asi como me pertenece tambien la responsabilidad,» y al concluir estas palabras, se lanzó resueltamente sobre la arena de la playa. Los dos generales Franceschetti y Natali, acompañados de veinte y cinco oficiales, de los sargentos, soldados y demas al servicio de su persona, se

agruparon en torno suyo y siguieron sus pasos, sus movimientos y sus ademanes.

La presencia en la playa de aquellas embarcaciones extrañas, el número y trages de los pasajeros, el haber echado el ancla antes de ser visitados por los guardacostas, el tumulto, la rapidez, el estruendo del desembarco, todo ello había despertado la atención de los marineros del puerto. El sitio de la playa en donde el rey acababa de saltar en tierra se veía cubierto de grupos poco numerosos pero admirados é indecisos y manteniéndose á cierta distancia del rey y de su séquito. Un piquete de artilleros de marina, compuesto de quince soldados, que acababa de salir de una torre aislada que les servía de cuerpo de guardia, se adelantó, al oír aquel bullicio, hácia donde estaba el rey, pero mostrando cierta irresolución. Aquella tropa conservaba aun el uniforme de su ejército.

«Hé ahí mis soldados, exclamó Murat dirigiéndose á ellos; ¡hijos míos! ¡reconoced á vuestro rey!» Y diciendo estas palabras quitóse el sombrero, levantando con altivez su hermosa cabeza, iluminada por los rayos del sol y agitando sus largos cabellos que flotaban sobre el cuello como si quisiese imprimir en la imaginación de los soldados aquella marcial figura que tantas veces se había ofrecido ante su vista, ya en las revistas como en los campos de batalla. «¡Sí, yo soy, yo soy vuestro rey Joaquín! ¡Decidme, pues, si me reconocéis y si estais dispuestos á seguirme y á servirme todavía, á mí que soy el amigo de los soldados, el hermano de los napolitanos!»

Los compañeros de Murat apoyaban aquellas palabras y aquellos ademanes de su gefe, levantando al aire sus sombreros, gritando: ¡*Viva el rey Joaquín!* y tendiendo la mano á los soldados y á los calabreses, que con el aliciente de aquel espectáculo se agrupaban en derredor de ellos. Los soldados que se veían sin gefe alguno, petrificados con la repentina aparición de un rey tan querido,

cuya imagen se conservaba en la imaginación de los habitantes de aquellos poéticos lugares como si fuera la de un héroe, bajaron sus armas ante él. Unos cuantos de los que se hallaban presentes respondieron maquinalmente con el grito de: ¡*Viva el rey Joaquín!* mientras que otros se alejaron y guardaron silencio á fin de ver venir los sucesos. Cinco ó seis fueron los únicos que manifestaron hallarse prontos á seguirle y á combatir bajo sus órdenes para reconquistarle su trono y librar el reino de la tiranía de los austriacos.

## XXXV.

Durante este coloquio, los habitantes de Pizzo, informados ya por el rumor público del desembarco de cierto número de hombres armados que proclamaban al rey Joaquín y que traían á su frente á aquel príncipe proscrito, acudían por todas partes, dudándolo todavía, hácia la playa en que los arengaba Murat. Mas á poco, parando la atención en el corto número de los que le acompañaban, en aquellas dos barcas desmanteladas que se veían en la mar, en aquel puñado de sargentos y soldados sardos, corsos y genoveses, curtidos por el sol, pálidos por efecto de la brisa del mar, con sus uniformes manchados de espuma y de arena, que mas se asemejaban á una banda de piratas que á la escolta de un rey, pasaban de la incredulidad al asombro, del asombro al desprecio, y del desprecio á la indignación y á la cólera. Los unos rodeaban al rey desde una cierta distancia, que mas bien parecía repulsión que respeto; otros decididos ya por el último trance, se dirigían murmurando á la ciudad en busca de sus fusiles para combatir en nombre de su legítimo rey, al usurpador y al proscrito que venía á tentar su fidelidad.

Las Calabrias eran el punto de desembarco que peor

podía haber elegido Murat para suscitar una sublevación en nombre de la popularidad de los franceses. Aquellas provincias, las más fanáticas y las más belicosas del reino, vecinas de la Sicilia, en donde la antigua corte las sostenía siempre en el odio más reconcentrado respecto á la dominación francesa, sublevadas en 1799 por el cardenal Ruffo, á quien proclamaron á la vez por su general y su pontífice, habiéndose seguido agitando después sin cesar en conspiraciones á favor de los Borbones; pero contenidas al fin por el terror, pacificadas en fuerza de oprimirlas, diezgadas, fusiladas al primer síntoma de agitación que se sentía, por el general francés Marchés, habían vuelto á sublevarse de nuevo al solo anuncio de los primeros desastres de los franceses en la Baja Italia.

Presentar á aquellas provincias recientemente instaladas bajo el gobierno de su antigua familia real y de sus preladados, el pendón de una dinastía francesa, era lo mismo que presentarles el pendón de la traición, de la usurpación, de la irreligión y de la tiranía. Las Calabrias eran para Murat lo que hubiera sido para Napoleón, que era su modelo, un desembarco en la Vendée tres meses después de la restauración vendéana de los príncipes de la casa de Borbon.

Si hubiera estado más cerca de Nápoles y de las provincias del centro del reino, Murat hubiera tenido, á no dudarlo, mayores probabilidades y más opiniones populares en su favor.

Ya el pueblo se reunía, se preguntaba, se escitaba á la fidelidad y se armaba obedeciendo á la voz de los principales vecinos de la ciudad, en la plaza de Pizzo. Murat, entretanto, perdía lastimosamente el tiempo en aguardar un movimiento en su favor, que no pensaba siquiera en estallar. La playa cada vez estaba más desierta; el vacío aparecía por todas partes: ¡fatal misterio! Allí donde florece la fortuna, allí es preciso buscar á los hombres.

## XXXVI.

Las relaciones de parentesco que siempre han existido entre la casa real de Nápoles y la de España, y la doble dominación de ambos reinos por una misma dinastía, han dejado en las provincias de Sicilia ó de Nápoles inmensos feudos á varias familias de la grandeza española. El duque del Infantado poseía considerables territorios en los alrededores de Pizzo. El agente ó apoderado del duque ejercía en la población de aquella villa aquella influencia y aquella autoridad que crea siempre un generoso dominio sobre un pueblo de vasallos. Aquel agente, pues, tan popular en Pizzo, y muy decidido por la casa de Borbon, cuya causa defendía heroicamente en España su señor, apenas tuvo noticia del desembarco de Murat, cuando se presentó en la plaza, se mezcló entre los grupos que trataban de leer en su pensamiento, y haciendo ver al pueblo el crimen y la demencia que llevaba en sí una sublevación contra el legítimo soberano, y el honor y el alto precio de una decidida fidelidad, arrastró sin gran trabajo todos los ánimos, ya de por sí enfurecidos, en contra de los intentos de Murat, y por todas partes resonó el grito de «¡A las armas!» seguido de mil imprecaciones y amenazas de muerte dirigidas contra aquel. Solo aguardaban ya para emprender el ataque el reunirse en número más crecido y el contar con armas mejor templadas.

## XXXVII.

Dos jóvenes de Monteleone, villa inmediata á la capital de la Calabria, los cuales acababan de ser testigos de aquella fermentación del pueblo, y parecían tomars

algun interés por los desembarcados, se dirigieron á la playa, y habiéndose aproximado al rey le refirieron lo que estaba sucediendo en la villa, y le advirtieron del peligro que corria de permanecer en la costa, aconsejándole por último que se lanzase resueltamente en direccion de Monteleone, en donde la opinion, que era mas favorable y la guarnicion mas asequible, le abririan las puertas de su reino, y ellos mismos se ofrecieron á servirle de guias. Murat, sin tener siquiera tiempo para reflexionar, y repugnándole el tener que volver á embarcarse cuando aun le era posible hacerlo, tomó aquel consejo por una inspiracion. Aceptó por guias á los dos calabreses, y haciendo seña á los suyos de que se levantasen, dió orden á los artilleros de que le siguiesen. Varios de aquellos soldados le siguieron en efecto, mas bien por el hábito de obedecer que por decision por su causa: tanto es lo que puede sobre los soldados el prestigio del mando y el uniforme.

## XXXVIII.

Aquella débil columna, compuesta en su totalidad de 40 á 50 personas, entre las cuales habia aun que contar no pocos curiosos y algunos enemigos, emprendió, siguiendo los pasos de Murat y de los guias, la rápida senda que se eleva á través de las colinas, y que conduce á Monteleone, dejando á Pizzo á la derecha y á sus pies la mar. Los uniformes y los fusiles de la escolta del rey brillaban desde lejos, y á través de los troncos de los olivos, casi ya en lo mas elevado de aquella subida y cerca de la meseta en que el camino principia á hacerse mas llevadero, mientras que una columna mucho mas compacta, menos brillante y mas sombría, armada de largas carabinas y ostentando grandes sombreros calabre-

ses, principiaba á formarse á la puerta de la villa y en la misma playa, sin que pudiese distinguirse claramente si su objeto era adherirse ó acaso combatir á la columna del rey.

El mismo Murat no sabia á punto fijo á qué atenerse; pues como todos los hombres que intentan acometer un imposible, gustaba de recrearse en ilusiones. A pesar de la advertencia hecha por los guias y de la frialdad que habia presidido al espectáculo del desembarco, todavía se lisonjeaba de que la popularidad de su nombre, la certeza de su presencia en la isla y lo atrevido de su empresa, decidiesen quizá en su favor á aquel pueblo irresoluto. Rendido de calor y de fatiga á causa de la escarpada pendiente que acababa de subir, y con las piernas todavía entumidas al cabo de ocho dias de permanecer á bordo de una embarcacion que por sus escasas dimensiones no le habia permitido hacer ejercicio alguno, no pudo menos, al llegar á lo alto de la rampa, de tomar asiento en el tronco de un olivo á fin de enjugarse el sudor, respirar un momento y reflexionar sobre su situacion.

Parecia que aguardaba con impaciencia la venida de aquella columna popular que contemplaba en la playa desde la altura en que se hallaba, pero sin que pudiese darse cuenta á sí mismo de las intenciones que la animaban. Preguntó entonces al grupo de artilleros que le seguian, que dónde estaban sus camaradas, y los soldados le indicaron con un ademán que principiaban á subir por la costa confundidos con el pueblo. Murat, á fin de verlos mejor, se levantó, y apartándose del camino real se subió á un campo de olivares, desde donde su vista abrazaba como desde un promontorio, la villa, el mar, la playa y las sinuosidades de la rampa. Allí, pues, se obstinó, á pesar de las instancias de los guias, en aguardar al segundo destacamento de artilleros y á la multitud que venia entremezclada con ellos.

En aquel momento, un coronel de la gendarmeria real, á caballo y vestido de uniforme, apareció sobre el camino, á la altura del montecillo en que el rey estaba observando los movimientos de la playa. Era aquel un jefe de las bandas calabresas, muy célebre en las guerras de partidarios de aquellas provincias contra los franceses, agente de la reina Carolina y del cardenal Ruffo, aventurero por largo tiempo en las montañas, y á la sazón comandante de los esbirros regulares de Monteleone despues de la restauracion del rey Fernando. Su nombre era Trenta Capelli. El coronel se detuvo un instante ante el grupo de oficiales y soldados que estaba guardando al rey en medio del camino.

Murat le llamó, intimándole que se uniese á él; mas la sangre de tres hermanos de Trenta Capelli, derramada en un cadalso á manos de los franceses en las insurrecciones de las Calabrias le impedia unirse con los asesinos de su familia. No por esto debe decirse que manifestase una muy grande repulsion á las insinuaciones del rey, y asi es que solo se limitó á contestarle, señalando con la mano al estandarte de las Dos Sicilias que ondeaba sobre el castillo de Pizzo: «Mi rey está allí donde flotan al viento los colores de su reino!» Murat, sin embargo, en vez de retenerle por la fuerza, siguió hablando con él, y despues le dejó continuar su camino en direccion de la villa.

Apenas Trenta Capelli se hubo reunido con el pueblo y con los artilleros que se dirigian hácia donde estaba el rey, volvióse con ellos, y adelantándose algunos

pasos de aquella tropa, interpeló á Murat y le invitó respetuosamente á que le siguiese á Pizzo. Murat, que todavía no se habia desengañado, ó al menos asi lo aparentaba, respecto á las intenciones de aquellas gentes que marchaban hácia las suyas, volvió á bajar al camino con Trenta Capelli y rodeado de los generales Franceschetti y Natali, y de sus oficiales que en vano trataban de hacerle ver que debia sustraerse de aquel populacho y marchar á Monteleone.

«Hijos míos, dijo dirigiéndose al grupo de los que venian, no hagais armas contra vuestro rey. Yo no he desembarcado en las Calabrias con ánimo de combatirlos ni atacarlos, sino para pasar á Monteleone y procurarme allí socorros de las autoridades, á fin de continuar mi navegacion hasta Trieste, á donde debo reunirme con mi muger y con mis hijos. Si hubiérais querido escucharme cuando os dirigí la palabra en las playas de Pizzo, os habriais convencido de que llevo conmigo los correspondientes salvo-conductos para los estados austriacos, que vuestro mismo rey Fernando no podrá menos de reconocer y de acatar.»

Aquella turba, que solo respondió con sus gritos y con sus amenazas á las palabras perdidas de Murat, lanzóse de pronto sobre los veinte y ocho soldados que permanecian á cierta distancia mas atrás, á fin de intimidar á la multitud con su aspecto y su presencia, y descargando sus fusiles sobre el grupo del rey, quedó muerto á sus pies el capitán Maltedo, y herido el subteniente Perniée y otros muchos soldados de los que componian la escolta. Murat no hizo mas que levantar en alto su sombrero, saludar al pueblo y conjurarle á que le escuchara; mas una segunda descarga volvió á diezmar sus filas, dirigiéndose al mismo tiempo aquella multitud á interponerse en el camino y á cubrir los flancos con el fin de evitar la retirada del rey hácia el mar.

No le quedaba, pues, otro asilo en aquella tierra que

él había querido conquistar, que el de acogerse á las embarcaciones que le habían conducido á la isla. Lanzóse, pues, seguido de Franceschetti, de Natali y de unos ocho ó diez sargentos, á tratar de ganar la ribera atravesando los campos, y aunque le hicieron diferentes disparos sin que ninguno lograrse herirle, consiguió por fin verse en la playa con asombro de los mismos que le apuntaban con sus armas. Desde lo alto de un escollo que dominaba el mar, llama á grandes voces: ¡Barbara! ¡Barbara! pidiendo encarecidamente á aquel jefe de su flota que le enviase una lancha y se aproximase á la orilla. Mas ya el buque de Barbara, que al oír el tiroteo se apresuró á levar el ancla, vogaba en plena mar llevándose consigo las proclamas, las armas, el oro y las municiones del rey, su último refugio y lo que constituía su vida toda.

## XLI.

Murat y sus cuatro ó cinco compañeros, en aquella correría no habían sido perseguidos á través de las viñas y de los olivos durante su fuga hácia la playa, mas que por unos cuantos hombres desarmados, á quienes el temor de ver volver caras á los fugitivos mantenía á cierta distancia. El coronel Trenta Capelli, los artilleros y los vecinos armados de Pizzo estaban ocupados en hacer fuego desde lo alto de las colinas sobre los veinte y cuatro soldados de Murat, en desarmarlos, en hacerlos prisioneros y en arrastrarlos bañados en su sangre hácia la villa. El rey y sus amigos hubieran por lo tanto tenido el tiempo suficiente para escapar del cautiverio ó de la muerte, si Barbara y Cecconi hubiesen virado de bordo á sus lamentos y enviado una lancha á la ribera. Pero Murat veía bajar tras de él á los soldados y á los voluntarios de Trenta Capelli y alejarse su único refugio.

En medio de esta ansiedad, el rey, reparando en algunas barcas pescadoras que estaban amarradas á cierta distancia sobre la playa, se arroja al agua á fin de apoderarse de una de aquellas embarcaciones y poner al mar entre él y sus enemigos. Pero aquella barca estaba encajada y faltándole agua bajo la quilla, resiste á los esfuerzos que el rey hacia para moverla. Mientras tenían lugar estas inútiles tentativas, la multitud que llegó á penetrarse de su designio, hizo señas á los esbirros de Trenta Capelli, y estrechó mas y mas la distancia que la separaba del rey, sin atreverse, á pesar de esto, bien fuese por respeto, por lástima ó por temor, á disparar sus armas contra él ó á apoderarse de su persona.

Murat, renunciando ya á mover la barca, se lanzó solo á algunos pasos de donde se hallaba, á un barquichuelo de pescador que estaba anclado en sitio en que había mas agua, y apenas se hubo visto á su bordo, procuró atraer hácia sí el cable, á cuya estremidad había atada una gran piedra que servía de áncora á aquella frágil barquilla. Estaba ya á punto de conseguirlo, cuando el pobre pescador á quien pertenecía aquella barca, temblando al ver al rey que se le llevaba toda su fortuna, se arrojó al mar para disputar su barca al fugitivo; mas el rey le asestó un certero golpe con el remo, y continuó tirando del cable para desprender la piedra. En esto una turba de marineros y pescadores acudieron de todas partes á los gritos de su camarada, se precipitan en el mar, cogen el cable todos juntos, se lanzan á la barca, derriban á su vez al rey, le arrebatan el remo, desgarran sus vestidos, le maltratan el rostro, y arrastrándole vencido y ensangrentado hasta la arena de la playa, le entregan agobiado de injurias y de ultrages á las gentes de Trenta Capelli. Estos se disputan entre sí al rey prisionero, le golpean con las culatas de sus carabinas, le sujetan por el pescuezo, le arrancan las ricas insignias que llevaba en el pecho y en su sombrero, y le llevan con



los cadáveres de Perniée, de Giovannini y con otros siete de sus oficiales y servidores, todos heridos y bañados en su propia sangre, atravesando por entre el gentío que insulta á todo el que ve caído. En esta forma los dejaron, mezclados unos con otros, en las casamatas del arruinado castillo de Pizzo.

## XLII.

Por dos veces, durante el tránsito desde la playa á la prision, el furor del pueblo quiso cebarse en la persona, llegando hasta verse amenazada su cabeza con una hacha; pero Trenta Capelli y el administrador del duque del Infantado, muy satisfechos de tan ilustre presa y no queriendo manchar su triunfo con un crimen, le protegieron contra los puñales del pueblo, afearon á los asesinos su cobardía, y colocaron una guardia de voluntarios y de soldados á la puerta del castillo para resguardar á las víctimas.

El rey fué arrojado sobre un monton de paja y en la misma estancia en que sus compañeros muertos ó heridos cubrian con su sangre el piso de aquel vasto calabozo. Trenta Capelli mandó que se les registrasen sus vestidos, y con este motivo se apoderaron de sus pasaportes, de sus diamantes, del dinero que llevaba consigo, de una letra de cambio de millon y medio contra un banquero de Nápoles y de la proclama impresa que habia redactado en Vescovato y que esperaba haber hecho circular en el reino.

Aquella proclama, larga, difusa y llena de sofismas, de que el pueblo suele hacer poco caso, hubiera sido mas propia de un diplomático que de un soldado: era mas bien una justificacion de su empresa ante la Europa que un simpático llamamiento á los napolitanos. Allí no

se veía el corazon humano sino á través de algunas frases en que hacia alusion á las vicisitudes de su suerte.

«Yo vivía solitario, decia en su proclama, en uno de esos modestos asilos que se encuentran con mas frecuencia entre los pobres virtuosos; desde allí me burlaba del puñal de los asesinos del Mediodía, de esos caníbales que en todas las épocas de la revolucion francesa, se han bañado siempre en la sangre de sus compatriotas. Estaba decidido á guardar en mi retiro el fin de aquella fiebre contrarevolucionaria que devora á la Francia para venir á buscar en vuestros corazones un asilo contra mis desgracias y contra la persecucion inaudita y mas injusta, cuando me ví forzado á alejarme.....» Aquella proclama acababa con la promesa de un reinado de paz y de una constitucion, ordinario y tardío arrepentimiento de todos los príncipes que han fatigado al mundo con sus guerras y con su tiranía.

## XLIII.

Mil insultos y amenazas lanzados por la boca de algunos fanáticos sedientos de sangre y de venganza resonaban en los patios del castillo y hasta en el mismo calabozo de los prisioneros; pero la mayor parte de los soldados y de los voluntarios respetaban al infortunio despues de la victoria, y manifestaban hácia el rey todos los respetos y consideraciones compatibles con el cautiverio.

Murat no habia creado ningun odio personal contra sí durante su reinado, que fué tan humano en la paz como enérgico y generoso en la guerra. No habia vertido mas sangre que en los campos de batalla y el mas grande afán de su vida era ser amado y admirado. Al verle una vez vencido y desarmado era imposible el aborrecerle. El apoderado del duque del Infantado, Alcalas, envió al

castillo varios comestibles para el rey y socorros para los heridos, como colchones, sábanas, ropas, refrescos y toda clase de auxilios y consuelos de esta especie. De este modo supo honrar á la nacion española y á sus señores con la generosidad de sus atenciones para con un rey prisionero.

## XLIV.

Entretanto, y habiendo llegado á noticia del general napolitano Nunciante, que mandaba en las Calabrias, el rumor de un desembarco y de la derrota de una gavilla de facciosos que trataban de provocar la insurreccion en el reino, se apresuró á enviar á Pizzo al capitán Stratti, griego de nacion y que habia estado lejos de Nápoles durante los últimos años, para que auxiliado de un destacamento de tropas que llevaba á sus órdenes, vigilase á los prisioneros, tomase nota de sus nombres y cualidades é impidiese á la vez su evasion y el que fuesen vejados y molestados. Ignorábase todavía á la sazón en Monteleone la presencia del rey Joaquín entre aquel puñado de aventureros, y por lo que hace á Stratti, como él llegó al castillo sin tocar en la ciudad y sin haber oido por lo tanto los vagos rumores que corrian acerca de la prision del rey, no tenia tampoco la menor noticia. Hizo aquel gefe comparecer á su presencia á los prisioneros en el patio del castillo, á fin de interrogarles sus nombres y formar la lista de ellos, y despues de haberlo verificado con los dos primeros que se presentaron, que eran un sargento y un soldado corsos, dijo dirigiéndose al tercero: «¿Y vos quién sois?—Joaquín Murat, rey de Nápoles,» contestó con dignidad el rey. Stratti, consternado al encontrarse en presencia del rey, cosa que á la verdad no la esperaba, y dejándose llevar del respeto y de la compasion que le inspiraba

aquel prisionero, bajó los ojos al suelo, y dando por la última vez al rey el título de magestad como por una suprema ironía de la suerte, le hizo conducir con todos aquellos miramientos y consideraciones propias de un soldado que sabe respetar á un héroe, á una habitacion mas decorosa é independiente donde, al menos, el rey no tuviese ante su vista la sangre y los cadáveres de sus amigos.

## XLV.

Por la comunicacion que recibió de Estretti confirmando todos los rumores que habian circulado por Monteleone, se impuso el general Nunciante en las circunstancias del hecho, decidiendo trasladarse en persona á Pizzo antes de la noche, despues de enviar correos á Nápoles que anunciasen á la corte y á los ministros tan prodigioso acontecimiento, que en el espacio de una sola hora habia amenazado y salvado la corona de Fernando y la paz del reino: apenas hubo llegado á Pirro fué á ver á Murat.

El general Nunciante no era de esos satélites de los campamentos que pasan con la mayor facilidad de uno á otro servicio como pueden pasar su espada de una mano á la otra, y que no conservan en su nuevo partido ni el respeto que se deben á sí mismos, ni el que es debido á las personas á quienes acaban de servir, especie de hombres tan comunes en la guerra como en las cortes de los reyes, y á los cuales la disciplina y la ambicion de adelantar en su carrera hacen acostumbrarse á la adulacion, á la bajeza y á la crueldad. Aquel era por el contrario un hombre de corazon y de cabeza, fiel á su pais y á su príncipe, sin dejar de serlo tambien al reconocimiento y á la gloria de aquel que habia sido su rey; hombre de guerra, que sabia conciliar perfectamente los

deberes de la naturaleza con los de su situación. Queriendo, pues, honrar á Murat, se presentó á él como á un rey que habia perdido su trono, mas no así el respeto y el cariño de sus antiguos súbditos. Se compadeció de su suerte y reprobó altamente las indignidades y los ultrajes que le habian sido inferidos por el populacho, escusándose por último de la necesidad en que se veía de dejarle permanecer aun por mas tiempo en una estancia ruínosa é indigna de él, á causa de tener que atender á su misma seguridad que exigía murallas y soldados para estar á cubierto de toda clase de insultos. Varios cirujanos de Monteleone fueron llamados para prestar sus socorros á los heridos, y el resto de la noche trascurrió entre los gemidos de los moribundos y las silenciosas reflexiones que el rey hacia de su suerte.

Al día siguiente, el general Nunciante le hizo trasladar á otra habitación dentro del mismo castillo, que se hallaba separada de las prisiones y preparada ya mas convenientemente para recibirle. El semblante del general manifestaba mucha mas ansiedad que el de su cautivo, pues que aquel por un presentimiento secreto, se temia recibir de Nápoles órdenes muy siniestras respecto de este. Hallábase Nunciante á la sazón comiendo con el rey y con los dos generales Francerchetti y Natali, compañeros voluntarios del rey en su nueva prision. La conversacion giraba sobre las antiguas guerras, sobre el estado del reino y de la Europa, y sobre la resolución que mas probablemente aceptaria el rey Fernando respecto á su competidor y prisionero. El rey por su parte afectaba tener la mayor confianza en la generosidad de su enemigo y en la inviolabilidad de su propia vida, de allí en adelante sin peligro alguno para el reino. Nunciante se guardaba muy bien de confiarle todas sus sospechas, cuidando al mismo tiempo de no hacerle concebir una completa seguridad de buen éxito, pues el desengaño seria luego demasiado súbito y cruel para su ánimo. Así es que le

habló no sin cierta inquietud del primer despacho telegráfico recibido aquella misma mañana, y que habia sido interrumpido por las nieblas y la noche; aquel despacho decia así: «Un despacho me anuncia.... Vos le dareis la orden....»

## XLVI.

Todo el día se pasó esperando otro despacho ó la llegada de algun correo que completase la orden interrumpida la vispera. El rey recibió la visita de un capitán de fragata inglés, que propuso á Nunciante trasportar á su prisionero á Tropea, pequeña ciudad de la costa, en donde estaria alojado con mas decoro y mas seguramente que en Pizzo contra las emociones del populacho. Nunciante, sin embargo, no se atrevió sin autorizacion de la córte á confiar al prisionero de quien era responsable, á un buque inglés y á los azares de la mar. Por la noche volvió á manifestar, estando comiendo con el rey, las nuevas inquietudes que le asaltaban sobre el verdadero sentido del despacho interrumpido: Yo creo, sin embargo, le decia al rey, que la orden se reducía á entregar á V. M. á la flotilla inglesa para que le trasportase á Mesina, á esperar allí la decision de las potencias aliadas.»

«Pero decidme, general, repuso Murat con cierta sonrisa que parecia anticiparle la respuesta, si por ventura un despacho telegráfico os mandase entregarme á una comision militar, ¿lo harias acaso?»

Nunciante contestó que solo obedeceria una orden semejante si la recibiese del mismo rey Fernando por medio de un correo portador de su voluntad escrita, pero que órdenes de esa especie no eran de temer del bondadoso corazón y de la generosidad de Fernando. Murat,